

Pero Dios libró á su sierva de aquella nueva vergüenza y de aquellos nuevos dolores. Cuando los soldados se acercaron á ella para ejecutar tan bárbaros órdenes, ya habia ella entregado su espíritu á Dios. (*Act. Sinc. Martyr.*)

§ XIV.—Perfeccion del amor de la esposa cristiana, y ardor de su celo por la salvacion de su esposo, especialmente cuando éste sufría el martirio. — Santa Marta y Santa Teopista sosteniendo el valor de sus esposos en medio de los tormentos. — Heroísmo de Santa Natalia, que ayudó ella misma al verdugo de San Adrian, su esposo, á cortar sus miembros.

Á estos bellos y magníficos ejemplos de firmeza en la fe, dados por la viuda cristiana en la época de los mártires, vamos á añadir algunos de los que la esposa cristiana dió en la misma época respecto á la misma materia.

La esposa cristiana, fiel al primer deber del matrimonio, procuraba ante todo la felicidad eterna de su esposo, porque la union pasajera del tiempo no bastaba ni podia bastar á un amor sin límites ni defectos, ni á una fe que sólo vivía de la esperanza de la eternidad. De ahí nacia ese celo ardiente é infatigable, pero dulce, sabio y afectuoso, de la mujer fiel por hacer participante á su esposo infiel de las luces, la gracia y los consuelos de la religion cristiana, y por convertirlo al Cristianismo.

Pero cuando la persecucion se hacía más cruel era principalmente cuando el celo de la mujer cristiana por la salvacion de su esposo se hacía más ardiente y más sublime. Se la ve preocupada y pensativa, su semblante manifiesta la mayor ansiedad, pero no se aflige por su vida ni por su pudor; ella ha hecho ya á Dios el sacrificio de sus dias, y Dios la protegerá contra el furor del libertinaje; ella tiembla por la flaqueza de su esposo, cuya frente está todavía húmeda con las aguas del bautismo, cuyo corazon es novicio aún en la fe, y cuya salvacion eterna le es tan interesante como la suya propia. Al verle aprisionado, presentado ante los tiranos, y condenado á sufrir una muerte cruel por el nombre de Jesucristo, ella no abandona un solo instante á su querido esposo, ella no cesa de exhortarle, de animarle, y léjos de entregarse á lanzar vanos gemidos y á derramar lágrimas injuriosas á su fe, procura con el ejemplo de su firmeza y con la unción de su palabra, animarle á

morir como cristiano; dichosa al pensar que, en el esposo que va á perder, tendrá pronto un intercesor en el cielo y un mártir que venerar. Ved aquí algunos ejemplos de estas mujeres heroicas.

Uno de los martirios que, durante la segunda persecucion en Roma, fueron más célebres en ella fué el de San Mario y el de Abaco y Audiface, sus hijos. Estos eran unos cristianos nobles y ricos de Persia, que habian ido á Roma para venerar las reliquias de los apóstoles y de los mártires, y llenarse de su espíritu. Visitar y consolar á los fieles encarcelados por la fe, suministrándoles toda especie de auxilios, y sepultar los cuerpos de los santos confesores de Jesucristo, era su ocupacion y toda su felicidad. No fué necesario más para ser delatados ante el tirano reinante, que, habiéndolos hecho aprisionar, sin poder hacer que apostatasen, les hizo azotar cruelmente, estirar con cuerdas, descarnar con uñas de hierro y quemar con planchas ardientes, y finalmente les hizo cortar las manos y atárselas al cuello, y en esta actitud los hizo pasear por la ciudad ántes de cortarles la cabeza. Pero las *Actas de los mártires* nos dicen que el alma de esta gloriosa confesion fué una mujer llamada Marta, esposa de Mario y madre de Abaco y de Audiface; y que así como por sus inspiraciones habian ilustrado su vida en Roma su esposo y sus hijos con tan bellas obras, por sus exhortaciones, por su ejemplo y por su valor sufrieron con tanta constancia sus horribles tormentos é hicieron su muerte tan gloriosa. Ved aquí por qué; habiendo sido encontrada la más culpable, fué inmolada la primera, y su esposo y sus hijos no pudieron hacer más que seguirla en el camino del martirio (1).

Santa Teopista, esposa de San Eustaquio, fué quien consoló con sus cuidados, sostuvo y animó con sus exhortaciones y con su ejemplo á su esposo y á sus dos hijos Agapito y Teopisto, dejándose encerrar con ellos en el toro de bronce inflamado, para morir en su compañía. (*Brev. Rom.*)

San Adrian, hecho cristiano por su mujer Natalia, que lo era ya, fué tambien por su esposa un grande y glorioso mártir. Preso por orden del emperador Maximiano, yendo su esposa á visitarle al calabozo le inspiró tanto ardor por el martirio, que sufrió con una

(1) «Primum Marta, quæ virum ac filios ad supplicia pro Jesu Christi fide constanter sustinenda, vehementer fuerat coortata.» (*Brev. Rom.*)

constancia admirable el horrible tormento de que le rompiesen las piernas y le cortasen los piés y las manos, y de ser azotado hasta que todas sus entrañas salieron de su cuerpo destrozado; y si los veintitres cristianos, sus compañeros de prision, imitaron su valor, muriendo por la misma causa, fué porque habian asistido á las exhortaciones que Natalia habia hecho á su esposo (1).

Pero no debemos olvidar los rasgos de heroísmo que manifestó esta mujer sublime en el martirio de su amado esposo. Estando prohibida á las mujeres la entrada en las prisiones, por la razon que hemos indicado ántes, Natalia se vistió de hombre, y con este disfraz pudo llegar hasta su esposo y prodigarle todos los cuidados de su amor y todos los consuelos de la fe. Cuando llegó la hora de quebrar los huesos á los mártires, temiendo Natalia que su amado Adrian perdiese la corona, pidió á los verdugos que comenzasen por él su horrible ministerio. Ellos acceden á su peticion, colocan sobre el tajo la pierna del mártir, y su heroica esposa es quien tiene sujeta esta pierna bajo el martillo; crueles golpes resuenan en su corazon: ella ayuda tambien á los verdugos á cortar los piés á su esposo (2). Mas la sentencia brutal del tirano mandaba que se cortasen tambien las manos á los nobles confesores, y Natalia dijo á su esposo á este propósito estas animosas palabras: «Adrian, mi señor y siervo de Jesucristo, te suplico que extiendas tambien tus manos para que te las corten, á fin de que seas semejante en todo á los otros santos mártires que han sufrido mucho más que tú» (3). El bienaventurado Adrian ofrece á Natalia sus manos sin decir una palabra; ella las coloca sobre el tajo, el verdugo las cor-

(1) «In carcerem cum aliis viginti tribus christianis conjectus est: ubi eum visitans Natalia uxor, quæ et ipsa antea in Christum crediderat, ad martyrium incendit. Itaque è custodia eductus, tandiu flagellis cæsus est, donec intestina difluerunt. Demum fractis cruribus, manibus pedibusque præcissis, una cum multis aliis martyrium feliciter absolvit.» (*Brev. Rom.*)

(2) «Id ut vidit B. Natalia, occurrit lictoribus, rogavitque ut ab Adriano inciperent. Obtemperarunt carnifices, et cum imposuissent Adriani tibiam super incudem, B. Natalia pedem ejus apprehendens, extendit super incudem; carnifices vero, multa vi cedentes, amputarunt pedes ejus et crura confregunt.» (*A. Lap., in 1, ad Cor., VII.*)

(3) «Præcor te, mi domine, serve Christi, dum adhuc in te hæret spiritus, extende etiam manum, ut amputent eam, ut sanctis martyribus similis efficiaris per omnia: majora enim supplicia illi perpesi sunt quam tu.» (*Ibid.*)

ta, Adrian espira (1) y Natalia exclama: «¡Sea Dios bendito! ¡Él ha asegurado su suerte! ¡Él ha subido al cielo, él me espera allí, y yo le seguiré muy pronto!»

§ XV.—Sublimidad del amor materno de la mujer cristiana.—Fortaleza de una madre que lleva su hijo á la Iglesia para partir con él la gloria del martirio.—Santa Sinfrosa, y su perseverancia en animar á sus siete hijos para confesar á Jesucristo.—Gloriosa confesion de los siete hijos de Santa Felicitas en presencia de su madre.—Alegría y dolor de esta sublime madre al presenciar sus horribles tormentos y su muerte.—Elogio que San Agustin y San Gregorio han hecho de esta sublime mártir.

Estos prodigios de heroísmo que ha manifestado la esposa cristiana, animando á su esposo á morir por la confesion de Jesucristo, nada son en comparacion de los prodigios de heroísmo que ha manifestado la madre cristiana animando y ofreciendo sus propios hijos al martirio por la misma causa. Esto consiste en que las madres educadas en la escuela del Evangelio, bien diferentes de esas madres carnales cuya ternura puramente humana no tiene más objeto que el de asegurar á sus hijos los bienes perecederos de la tierra, procuraban ante todas cosas asegurar á los suyos la felicidad inmortal del cielo. Así, pues, todos sus cuidados se dirigian á conservar en aquellos seres queridos, con la gracia de la inocencia; la gracia de la fe que habian recibido en el bautismo, y enriquecerlos cada vez más con los tesoros de las virtudes del Evangelio; y cuando estallaba la persecucion, en la terrible alternativa en que se hallaban de ver perecer á sus hijos en el tiempo ó de perderlos para la eternidad, aquellas madres heroicas no vacilaban un solo instante en presentarlos ellas mismas á los tiranos para hacerlos mártires, ántes que verlos vivir en la apostasia. Ved aquí algunos de esos ejemplos de ternura material, depurada, ennoblecida y elevada á su más alto grado por la fe. La mujer no se ha presentado jamas en ninguna parte más grande.

Comencemos recordando el valor sublime de aquella madre verdaderamente cristiana que, á pesar del edicto del emperador Va-

(1) «Extendit ergo manum beatissimus Adrianus, et porrexit eam Natalia; illa imposuit illam incudi, et carnifices similiter eam amputarunt. Mox spiritum reddidit.» (*A. Lap., in 1, ad Cor., VII.*)